

Eso sería tanto como infundirle nuevo soplo a la Unión Panamericana de Washington, en la que siempre lleva la batuta el Secretario de Estado de los Estados Unidos. Y en donde la golpea sobre el atril cuando juzga necesario hacerlo. ¡Muy rara vez, por cierto, ya que nuestros sagaces diplomáticos se adelantan siempre a sus deseos!

Lo hemos dicho varias veces y parece oportuno repetirlo: lo malo de esas conferencias no es lo que hacen en nuestro mal los Cafferries o los Sumner Welles, sino lo que en nuestro bien dejamos de hacer nosotros mismos.

Tragómico es el recuerdo de lo que sucedió en la Habana en 1928. Por no abordar la tesis del respeto a la soberanía de las naciones débiles, ocupáronse nuestras eminencias en defender, con denuedo que los hacía sudar en aquella tórrida capital, la libre importación de carnes frías argentinas a los Estados Unidos.

Y cuando la moción antiimperialista fué recogida por el doctor J. Gustavo Guerrero, delegado salvadoreño, lo dejaron solo los demás representantes de la raza, porque estaban aplaudiendo los discursos de Coolidge, de Hughes y de Kellogg, no obstante que en esos mismos días bombardeaban a Nicaragua los aviones de la potencia anglosajona.

Al escuchar el vocablo **panamericanismo** se viene sin remedio a la memoria este pasado ignominioso.

Y por fuerza piensa uno en Orestes Ferrara, el cubano nacido en tierras de Italia, consejero de Machado y defensor de la intervención "que civiliza".

Y en el maestro de ceremonias de todos los gobiernos del Perú— de Leguía, de Sánchez Cerro, de Benavides—, Víctor Maurtua.

Y en los Recinos de Guatemala, que tanto adulan y le sirven a un Estrada Cabrera, como a los unionistas que lo derrocaron, y a Orellana, Chacón, Ubico, a quienquiera que, como en el verso de Quevedo, el palo y el mando atrape.

Y en los Sánchez de Bustamante.

Y en tantos otros "grandes cerebros" de nuestra pobre América, que son los que siempre llevan la voz compungida del siervo en esas tristes asambleas, con agendas dictadas de antemano por los fríos y calculadores estadistas de la otra raza.

Y se piensa también, sin poderlo evitar, en las recepciones y en las veladas musicales que suele ofrecer la Unión Panamericana, con tangos, pasillos y rumbas, para deleite de los diplomáticos de estos pueblos ingenuos y para que suspien las señoras que los acompañan.

Al compás de esta música, de estos sonos y de estos aires tropicales se celebró hace pocas semanas, el 14 de abril si mal no recordamos, lo que se ha bautizado con el nombre de Día Panamericano.

¡Y con botellas de agua que enviaron nuestros románticos gobiernos, para regar el arbolito que quedó como recuerdo en la capital de Cuba, cuando la ignominia del congreso habanero!

Nos conmueve recordar que ese arbolito se sembró al toque de nuestros himnos nacionales, con puñados de tierra que llevaron las delegaciones de cada uno de estos países en sendos botes de hojalata.

Mientras vivamos en esta era feliz de música regional hispanoamericana, para demostrar que no hay imperialismo; en esta era feliz de puñados de tierra y de botellas de agua, no es posible pensar en Liga Americana de Naciones.

Ni en la forma de congreso rotario que propone Colombia.

Ni en darle sentido multilateral a la doctrina de Monroe.

Y no porque a ello se oponga **la política del buen vecino**, que bien aprovechada podría favorecerlos, sino porque los gobiernos hispanoamericanos son generalmente los más grandes enemigos de sus propios pueblos.

Política y políticos en Puerto Rico

Por ANTONIO PACHECO PADRO

Secretario General del Partido
Revolucionario Puertorriqueño.

Envío del autor para *Liberación*

La situación política de Puerto Rico, bajo la dominación norteamericana, continúa siendo la misma desde que, como consecuencia de la guerra con España, las fuerzas de Estados Unidos ocuparon la isla. No ha habido, en 38 años, ninguna variación fundamental en el régimen de explotación predominante, excepto en lo que a las tácticas de penetración imperialista se refiere. La isla, ocupada, desarmada e indefensa, fué fácil presa de conquista. Más de un cuarto de siglo de dominación norteamericana la ha despojado de sus riquezas, de sus tierras, de sus frentes marítimos, de sus industrias, de toda economía, hoy bajo el control de grandes sindicatos con oficinas centrales en Estados Unidos. No más de una docena de corporaciones, subsidiarias de los "trusts" yanquis, han hecho de la isla una inmensa factoría en la que casi dos millones de seres humanos trabajan y mueren para enriquecer a piratas millonarios armados de salvo-conductos por el gobierno dominante. Medio millón de campesinos que perdieron sus tierras a manos de los banqueros y azucareros de Nueva York, padecen hambre, desempleo, enfermedades y miseria. Mujeres y niños son explotados sin piedad en las siembras y cultivos del tabaco y el café, devengando salarios ridículos y vergonzantes. La caridad oficial de Estados Unidos, enmascarada en el "New Deal", se divide entre los nativos adictos al gobierno, minoría burocrática víctima de la hipocresía yanqui. Puerto Rico, bajo cuyo cielo ondea sin razón la bandera norteamericana, es, en resumen, una isla de miseria, de esclavitud, de tristeza y de muerte.

En la política interior del país Estados Unidos mantiene un absoluto control público y privado. A través de las corporaciones y de las agencias del gobierno, los resultados comiciales y las aspiraciones políticas no reflejan nada más que el criterio oficial, a pesar de que en Puerto Rico hay nueve partidos políticos. Estos partidos pueden clasificarse en tres grupos distintos. Los del primer grupo son francamente gobiernistas por la acción delatora de sus dirigentes, quienes han traicionado todas las doctrinas y se encuentran profundamente distanciados de las masas en ideas y sentimientos. Esas masas son puertorriqueñas, pero sus jefes sólo representan intereses bastardos y egoístas. Estados Unidos ha comprado a los líderes con posiciones gubernamentales. Como en Cuba, Santo Domingo y Nicaragua, a cambio de favores oficiales el gobierno interventor maneja caprichosamente a estos jefes y a sus partidos, en los que prevalecen: a) los grandes terratenientes nativos, cuyos intereses giran en la órbita económica del imperialismo; b) los elementos de la burocracia criolla; c) parte de la clase media desorientada por la propaganda norteamericanizante; d) los trabajadores de "cuello blanco", organizados por la Federación Americana del Trabajo.

El "poder" es una ficción política y con ella se quiere significar el control de los departamentos insulares y de la Legislatura. Esta Legislatura tiene sobre su